

Mario Vargas Llosa: el guardián ante el abismo

Leonardo Valencia

La obra de Mario Vargas Llosa parece fuertemente blindada. Para interpretarla hay una provocadora tentación: recurrir a los marcos o referencias críticas que él ha dispuesto alrededor de su obra narrativa como si se tratara de un recinto plagado de sistemas de alarma. Hay un afantasmado Flaubert, el satélite Faulkner, un transmutado Victor Hugo, un lentamente revisado José María Arguedas. Al final se nos impide acceder al tesoro protegido. Así que para llevar a cabo una «fantasía de aproximación» y vulnerar su complicado código de seguridad, empezaré por el único libro prohibido de Vargas Llosa, el primero que leí de él, y del que no ha permitido su reedición: *García Márquez: Historia de un deicidio*, publicado en 1971. En este ensayo, Vargas Llosa abre en canal el laboratorio de las novelas de García Márquez. Lo más memorable del libro es la mención de los «demonios de un escritor». Habla de esos demonios como los causantes de que el escritor tenga que librarse de ellos, haciéndolo a través de la escritura. La posibilidad de exorcizar a un demonio siempre es tentadora y, por supuesto, le da a la novela y al novelista una condición interesante.

En el siguiente ensayo de Vargas Llosa, *La orgía perpetua*, de 1975, el trabajo dedicado a *Madame Bovary* tiene una larga cantidad de citas de las cartas de Flaubert a su amante Louise Colet y varios extractos de la novela. En cada página revela una pasión fija por la obra del autor francés y su proceso de escritura. Pero en *La orgía perpetua* el tema de los demonios está relegado a discretas menciones. Se produce una distancia explícita frente a la fatalidad en la elección de un tema –o mejor dicho: la atribución de un demonio no elegido por el escritor–, tal como lo había planteado en *Historia de un deicidio*. «La novela –dice Vargas Llosa respecto a *Madame Bovary*– tiene como causa remota la frustración que significó para Flaubert el veredicto de Bouilhet y Du Camp sobre la primera *Tentation de Saint Antoine*, opinión que, aunque le costó trabajo, llegó a aceptar parcialmente, y que lo llevó a elegir para su siguiente novela un tema y una forma distintos del libro condenado». Poco después Vargas Llosa no se resiste y

añade que ese motivo fue «un pequeño demonio que se fue abriendo camino». Sin embargo, ¿por qué se había decantado la demonología y el deicidio planteado en *Historia de un deicidio*? ¿Por qué era posible ahora para el escritor, como he subrayado, elegir?

Yo no sabía, no podía saber que esta atenuación en insistir en la metáfora de los demonios probablemente se debía a una polémica entre Vargas Llosa y el crítico Ángel Rama, a raíz de la publicación de *Historia de un deicidio*. La polémica consistió en cinco *rounds* en la revista *Marcha*, a comienzos de los setenta: tres artículos de Rama y dos de Vargas Llosa. Terminaron recopilados en un libro que ahora se titula *García Márquez y la problemática de la novela*, publicado en 1972. Rama abre la polémica con un artículo breve donde califica de arcaica la inspiración romántica de la tesis de Vargas Llosa. En el segundo artículo, señala que la tesis del autor de *La ciudad y los perros* no sirve como un instrumento válido para escarbar de manera abstracta en la génesis de una obra literaria. «Tampoco sirve –añadió Rama– para situar el proyecto literario dentro del mundo actual por su visible desatención del escritor en cuanto partícipe de una sociedad y de una estructura de clases». Y agrega: «es tradición reconocer la posible incoherencia entre las obras y las ideas del autor. Creo que puede razonarse de modo parecido respecto a Vargas y descreyendo de sus tesis, beneficiarse de la perspicacia realista de sus novelas». El tercer y último artículo de Rama –más largo, más erudito, menos brillante– cierra la polémica con un agobiante recuento defensivo y reproduce en plan académico las coordenadas de la teoría literaria del momento. Rama insiste en sus puntos de vista y, desesperado, despliega un armamento excesivo, trabando la claridad de sus ideas.

Vargas Llosa es más astuto en la polémica. No pierde el equilibrio en ninguno de sus dos artículos, y mantiene el humor. Reconoció un par de aspectos, aunque sostuvo sus tesis y enarboló a sus novelistas guardianes: Joanot Martorell, Restif de la Bretonne y una inquietante alusión a Flaubert. Respecto a lo que subrayé de lo planteado por Rama, sobre para qué puede servir la tesis de Vargas Llosa, éste le responde en su último artículo diciendo que Rama «no ha advertido la convicción básica del libro, explícitamente subrayada en él hasta la redundancia, de que la vocación del novelista es algo específico, con características propias y distintas dentro de la literatura, y que es justamente esa autonomía respecto a las demás artes y géneros lo que el ensayo pretende describir, a partir de un caso particular». Finalmente, Vargas Llosa ya no responde al tercer artículo de Rama y se aleja de la polémica. Sin embargo, es probable que se haya

quedado con la sospecha de que algo falló. Quiero creer que no dio formalmente respuesta en ese momento, sino que esperó cuatro años para hacerlo, al publicar su estudio sobre Flaubert.

¿Qué estaba pasando?

El asunto no terminaba allí. Hacia el final de *La orgía perpetua*, Vargas Llosa concluye afirmando que la novela es forma: «No hay temas buenos y malos –dice–, que todo puede ser lo uno o lo otro porque ello depende exclusivamente de su tratamiento. Lo cual nos parece obvio hoy. «Es cierto, sigue siendo obvio que lo más relevante de una obra literaria es la capacidad para organizar una forma, crear un estilo y disponer las reglas de un mundo aparte o paralelo al mundo real que no aporte un nuevo enfoque de conocimiento. Pero Vargas Llosa había dicho que los demonios personales impiden la elección voluntaria de un tema. Si el tema no importa, ¿por qué en 1975, al hablar de la génesis de *Madame Bovary*, importaba poder elegirlo frente al determinismo de los demonios? Pocas líneas después Vargas Llosa acepta corregirse sutilmente, quizá recordando los reparos de Rama sobre lo que de romanticismo individualista tenían sus teorías. Cuando señala que los novelistas románticos no se habían planteado intelectualmente algo parecido a la teoría flaubertiana del estilo como una manera absoluta de ver las cosas, acepta un formalismo estricto. «Los románticos siempre habían dicho –recuerda Vargas Llosa– que la belleza de una obra dependía de factores como la sinceridad, la originalidad, los sentimientos implícitos en el asunto». Al trasto, entonces, con los demonios personales. El más importante, o mejor dicho el único importante es el demonio de la forma, por encima de los temas, elegidos o no.

Y ya está, con eso parece suficiente. Se activan las alarmas de la zona protegida. Hemos caído en la trampa y de aquí en adelante la estrategia racionalmente tramada por Vargas Llosa conduce a un rodeo de páginas y páginas de discusiones alrededor de Flaubert, Martorell, el elemento añadido y otros motivos conocidos. Es necesario que salgamos otra vez del bosque para entender cómo está dispuesto el sistema de alarmas del mayor novelista crítico de lengua española.

2

¿Cómo superar lo que con mucha frecuencia ocurre al asociar entre sí los ensayos y las novelas de Mario Vargas Llosa? ¿Cómo obviar la distancia o desaparición del escritor frente a lo escrito?

Algunos años después de leer *Historia de un deicidio*, razones de trabajo me llevaron a vivir en Lima en 1993. Encontré que el mundo del que hablaba Vargas Llosa –las clases sociales limeñas, los barrios de Miraflores, el Club Terrazas, el parque Salazar y el barrio gris del bar La Catedral– existía con una correspondencia topográfica precisa. Pero el mundo de Vargas Llosa había desaparecido o se había transformado. Era peor. Confieso que yo también me había transformado: me interesaba más la obra de Ribeyro –inasible, entrevista, perpleja–, la nueva narrativa de escritores que empezaban a publicar en esa década, como Mario Bellatin e Iván Thays, y sobre todo el movimiento poético en el que coincidían figuras como Westphalen, Eielson, Cisneros, Watanabe y Chirinos. Pero allí estábamos, en la ciudad del novelista. En la última década del siglo veinte, Lima era un caos de ocho millones de habitantes que se recuperaba de la devastación de años de terrorismo y entraba en la larga contradanza demagógica de Fujimori. La persecución política que sufrían los personajes de *Conversación en La Catedral* era una escaramuza comparada con las atrocidades de Sendero Luminoso y las soterradas que efectuaba el Servicio de Inteligencia, bajo la dirección de Vladimiro Montesinos. La sensacionalista prensa peruana rastreaba en reportajes inverosímiles, proyectados en televisión con macabras bandas sonoras que parecían invitar más a una película de terror que a una información periodística. Los colegios privados podían ser más infernales que el colegio militar Leoncio Prado, escenario de *La ciudad y los perros*. Vargas Llosa, al paso de los años, también había cambiado de espectro narrativo. Su novela erótica *Elogio de la madrastra* (1988) lo incitó a una secuela con *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997). En más de una librería limeña se podía ver la campaña publicitaria de un zapato rojo con tacón de aguja sobre un blanquísimo cojín. El motivo apelaba a la carátula de esa última novela. No era, por lo tanto, el mundo de la escritura como una aventura salvaje que me había inculcado la lectura de *Historia de un deicidio* y sus primeras novelas. ¿Qué había pasado con el autor que hablaba de demonios personales, de la condena del autor a no poder escoger sus temas y del exorcismo irrenunciable que es toda escritura? ¿Era correcto que yo interpretara ese cambio como un defecto o una decadencia? Es cierto que había perdido interés por su concepción de la literatura y de la novela. Sin embargo, al revisar cualquiera de sus ensayos, incluso los más recientes, desde *La verdad de las mentiras* a *Cartas a un novelista*, encontraba la misma discusión referente al saqueo de la realidad, los mismos términos en clave de metáfora –cráteres, magma, elemento